

CANTO II.

LA ENCARNACION.

I.

Era María la escojida perla,
 La paloma sin mancha y agraciada,
 La que Dios enalzó porque humillada
 En su propia grandeza se miró.

Cada hora que pasaba, cada instante,
 Raudal de gracias derramaba en su alma,
 Cual suele derramar sobre la palma
 Sus rayos de oro el matutino sol.

¡Criatura tan gentil, tan hechicera,
 El cetro de un imperio merecia;
 Mas un cetro la tierra no tenia
 Digno, digno de niña tan gentil!

¿Qué puede haber sobre la tierra impura
 Que digno de besar su planta sea?
 Ni el sol que de la altura centellea,
 Ni las suaves esencias del Abril.

Se avergüenza la luna al contemplarla,
 Y el sol oculta su brillante disco,
 Y la paloma lánguida en el risco
 No se atreve su canto á modular.

De rosa de granado son sus labios,
 Y de azucena su torneado cuello;
 Y en cada hebra sutil de su cabello
 Se vé el oro del Andes fulgurar.

Nunca vió Nazareth sobre su suelo
 Criatura mas humilde ni mas bella,
 Ni en su sereno cielo vió una estrella
 Como la Estrella cándida del Mar.

Quizá la fuente que bañar solia
 Su diminuto pie, ya la besaba,
 Y quizá su grandeza adivinaba
 Cuando iba allí su cántara á llenar.

Quizá el olivo que le daba sombra,
 En el pequeño patio de su casa,
 Formando pabellon de verde gasa,
 Tributo le mandó de adoracion.

Quizá la aurora sus primeros rayos
 Mandaba á aquella estancia bendedida,
 Donde la Virgen madre adormecida,
 Volaba hasta su Dios en la oracion.

Y quizás en ocultos pebeteros,
 Los ángeles incienso le ofrecian,
 Y quizá por la noche ya venian
 Las estrellas su frente á coronar.

Quizá en su casto y apacible sueño
 A sus plantas la luna se postraba,
 Y un pedestal la nube le formaba,
 Y un tierno querubin la iba á besar.

¡Mas hasta aquí! mi mano no es bastante

A describir su espléndida belleza,
Se anonada á su brillo mi cabeza.....
¡Solo un pintor pintárala, que es Dios!

No yo que soy aquí grano de arena,
Pequeño gusanillo de un momento,
Ráfaga de humo que deshace el viento,
Frágil arista que pasó veloz.

¡Ni Carpio con su bíblica armonía,
Ni el profeta David con su arpa de oro,
Ni de dulzura con su gran tesoro,
Pintárala Zorrilla, el español!

Que es dulce cual la miel de los panales,
Humilde como el lirio de la fuente,
Casta como la nube trasparente,
Sencilla como el blanco girasol.

Jehová contempla desde el ígneo cielo
A la Niña gentil de quince abrilés,
Cuya alma no manchada en polvos viles,
No tiene entre los ángeles igual.

Y al llegar su santísima plegaria,
Que como incienso hasta sus plantas sube,
Sobre su trono de carmínea nube,
Hácia la tierra se le vé mirar.

Y tiemblan los abismos á sus plantas,
Y á la hija de Joaquin juran encono;
Mas viene un rayo desde el alto trono,
Y con sus alas cúbrese Luzbel.

Y aunque se acerca vengativo y fiero,
Con su aliento á manchar obra tan bella;
No puede nada hacer á la Doncella,

A quien custodia el príncipe Miguel.

II.

Ruedan las espumosas cataratas,
Y las flores de Marzo abren su broche,
El crepúsculo anuncia ya la noche,
El sol poniente está para espirar.
El ánzar blanco de sedosa pluma
Del Sinaí se oculta entre las zarzas,
Y en las ondas del Nilo van las garzas
La punta de sus alas á mojar.

Vuela cual siempre la oracion sublime,
Que de la boca de coral derrama,
Como un efluvio de brillante flama,
La immaculada esposa de José.

Y como siempre al escuchar el eco
De su voz deliciosa y argentina,
Hácia la tierra el Hacedor se inclina
Y mira triste al pueblo de Isráel.

«Baja; dice á Gabriel, y dí á María
«Que es su oracion acepta á mis oídos,
«Que cesen de mi pueblo los gemidos
«Que esta tarde á su seno bajaré.
«Dila que su Hacedor está con ella
«Y que es ante sus ojos agraciada,
«Que por eso desde hoy será exaltada
«Sobre todas las hijas de Isráel.»

Su encargo desempeña el mensajero,
Y al escuchar su puro asentimiento

¡Se desprende Jehová del firmamento
Y viene en sus entrañas á encarnar.....!

¡Veinticinco de Marzo, agosto dia,
En que se obra el misterio mas sublime,
En que el Dios inmortal que nos redime
Deja del cielo el grande luminar!

Y se hospeda en el vientre de una Virgen,
Portento sin igual, incomprensible,
Que á Dios en su poder no es imposible,
Porque mas de lo que hace puede hacer.
¡Ay! infeliz del que á dudar se atreve
Misterios que de Dios realzan la gloria;
Que son de su poder prenda notoria;
Luz que alumbró el camino del Eden!

¡Ay! de los hombres míseros é impíos
Que de la Madre atacan la pureza;
El Hijo de esa Madre hará pabeza
Lábios que supo encadenar Satan!

¡Ay! del que solo por el vil capricho
Quiere rasgar el luminoso velo
Con que tantos prodigios cubre el cielo,
Y que la fé nos hace vislumbrar!

CAPITULO II.

"LA PAZ SEA CONTIGO."

Quando el ángel anunció á Maria Santísima la Encarnacion del Divino Verbo en sus purísimas entrañas, le dió la feliz nueva de hallarse Elisabeth cercana á ser madre.

La Esposa de José entró en deseos de ir á visitar á su anciana prima.

Esto no fué para ella un acto de curiosidad, porque su alma exenta de toda mancha, no podia darle cabida á este abominable defecto. Quiso ir porque la caridad le era inseparable; y su corazon bondadoso, tierno y compasivo, la hizo comprender que siendo Elisabeth una mujer entrada en años, necesitaba de aquellas consideraciones y desvelos que solo hallamos en las personas de nuestra familia.

Elisabeth vivia en Hebrón; y la distancia de este punto á Nazareth era, segun varios autores, de 69 millas.

Sin embargo, distancia tan considerable, no fué un obstáculo para la ardiente caridad de la Inmaculada Virgen, que de acuerdo con su Esposo, partió para Hebrón, en compañía de unos parientes suyos.

El viaje era largo y el camino en algunos puntos casi intransitable; pero María, aunque delicada y tierna como la flor del terebinto, y no acostumbrada á las incomodidades de un viaje como el que entónces hacia, no abría sus nacarados lábios para quejarse del cansancio que necesariamente sentía.

¿Pero esta visita que María Santísima iba á hacer á su prima Elisabeth entraba en los secretos designios del Altísimo?

Indudablemente, sí, supuesto que S. Jnan, preparador de los caminos del Señor, debía ser santificado antes de nacer. ¡Privilegio digno de la grandeza de su destino!

A la dignidad del Bautista convenia una distincion tan señalada como la que iban á otorgarle la gracia de la Madre Virgen y el amor de Dios Niño.

El Bautista no sólo tuvo la dicha de ser santificado antes de nacer por la presencia de la Santísima Virgen, en quien habia tomado ya carne humana el Divino Verbo, sino que mereció por esa misma santificacion, derramar el agua del bautismo sobre la divina cabeza del Salvador.

Es, pues, indudable, que María hizo aquella visita inspirada por un Ser superior.

Cuando la humilde esposa de José se presentó en los umbrales de aquella casa, en que reinaba la abundancia, Elisabeth, avisada por un criado, salió á recibirla.

¿Se puede acaso describir cuál seria el gozo,

la alegría de aquellas santas Mujeres al encontrarse unidas, y unidas por una gracia especial?

Hay placeres que no se definen porque no hay bastantes conceptos para hacerlo. Muy atras de la realidad quedarian las frases que para ello se emplearan; y así como las nebulosas solo aparecen á la vista lejana, como una niebla delgada y blanca ó como una leve sombra, dibujada en la cóncava oscura y diáfana del cielo; así esas alegrías, lejanas por el colorido de la forma que tratásemos de darles, nos parecerian siempre pálidas y oscuras.

María vió apénas á su anciana prima, cuando dirigiéndole una mirada dulce y tierna, dejó salir de sus lábios este sencillo saludo: "La paz sea contigo."

¿Qué pasó entónces en el alma de Elisabeth?

Su rostro sereno y alegre hasta allí, tomó una espresion respetuosa y profética; y avanzando un paso, hácia adelante, aunque sin atreverse á tocar con sus manos á la Santísima Virgen, como si un temor respetuoso se lo impidiera, exclamó:

"¡Bendita, tú, eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre purísimo!

"¿Y de donde me viene la gran dicha de que la Madre de mi Dios y Señor, se digne hoy visitar á su sierva?

"He aquí que al escuchar tus palabras, mi hijo ha saltado de contento.

"¡Oh Madre mil veces dichosa y bienaventurada! porque en tí se verán cumplidas todas las

"cosas que prometió el Señor, por boca de sus profetas."

Al escuchar María las proféticas alabanzas de Elisabeth, inspirada también por la Divina gracia, entonó aquel cántico sublime que usa la Iglesia con el nombre de *Magnificat*.

María penetró después á aquella morada doblemente dichosa, por albergarse ella bajo su techo.

Zacarías manifestó por señas la alegría que le causaba la presencia de María, quien por su parte, apreciaba aquella mudez de Zacarías, como un nuevo prodigio de las glorias de su Divino Hijo.

La mudez de Zacarías tenía asombrada á toda Jerusalén.

Los hombres, las mujeres y los niños repetían con asombro: "¡El gran sacerdote está mudo!"

"Un prodigio sin nombre, se ha obrado en las personas de Zacarías y de su esposa."

¡Tenía razón el pueblo al espresarse así!

Elisabeth era anciana, é iba á ser madre.

Zacarías había enmudecido violentamente, cuando se hallaba en el Templo dando culto al Señor.

¿Qué significaba todo esto sino la realización de un grande acontecimiento? ¿Y qué acontecimiento mas asombroso podia acaecer que la venida del Mesias, venida que debia tener su verificativo en medio de estupendas maravillas? El profeta Aggeo al hablar de ella, se había espresado así, muchos años ántes: "A la venida del Mesias,

"Dios conmoverá el cielo y la tierra, el mar y todo el universo."

Ocho siglos ántes, Malaquías habia anunciado el nacimiento de un hombre extraordinario por su virtud, y por la mision que desempeñaria cerca del Redentor.

Aquel hombre iba á nacer: aquel hombre seria Juan, hijo de Zacarías y de Elisabeth.

Las profesías comenzaban á tener su verificativo; y pronto apareceria entre los hombres el Deseado de las naciones, el Santo de los santos.

El nacimiento de Juan iba á ser un motivo de alegría para todo el pueblo de Israel, no porque éste tuviese conocimiento de su noble mision, pues era imposible adivinar en aquel niño al gran Preparador de los caminos del Señor, sino porque siendo Zacarías un gran sacerdote, respetado por sus altas virtudes, era natural que el pueblo le amase, y amándole se felicitara con el nacimiento de su hijo.

¡Por eso el pueblo judío esperaba con ansiedad la sonriente y nacarada aurora que alumbraria la cuna de tan ilustre vástago!

¡Empero he aquí que ese dia tan deseado toma su luz en el Oriente, y se deja ver risueño para todos, y de inmensa dicha para la casa de Zacarías!

En una rica cuna cubierta por blancas y vaporosas cortinas, se vé un hermoso niño, cuyas manecitas juegan con el blanco lino que le cubre.

María, que aun se halla en aquella suntuosa morada de felicidad, Elisabeth y sus parientes mas

cercanos, deliberan sobre el nombre que darán al precioso niño.

Ocho días han trascirrido desde su nacimiento. Zacarías se acerca al grupo que rodea la cuna; toma una tablilla, y graba en ella el nombre de "Juan." Pero al mismo tiempo siente que su lengua se desata; y en medio del círculo que hacen en torno suyo, la dichosa familia y hasta los criados, cruzando las manos sobre el pecho y elevando los ojos al cielo, entona fervoroso y conmovido, el siguiente cántico:

IBENEDICTUS!

¡Bendito, si, bendito

El Dios de cielo y tierra,

Cuyo precioso nombre

Bordaron las estrellas!

¡Bendito el Dios de Israel,

Bendita su grandeza,

Que dió la libertad

Al pueblo que le espera!

La casa de David

Con él alcanzó fuerza;

Con él halló salud

El hijo que le espera.

Cumplió lo que anunciaron

Santísimos profetas,

¡Por eso su clemencia

Así bendita sea!

Del enemigo libres,

Cual tú, Señor, deseas,

Harás que nuestros pasos

Estén en tu presencia.

Para que así sumisos,

Sirviéndote sin tregua,

Justicia y santidad

Nos des en la existencia.

Y á tí precioso niño,

Tierno hijo que me alienta,

Por gracia del Eterno,

Te llamarán profeta.

De su Hijo primogénito

Prepararás la senda;

Y ciencia de salud

Darás á quien le espera,

En remision de culpas,

De manchas que le afean,

Por la misericordia

De un Dios que es todo ciencia;

Que á visitarnos viene,

Desde su gloria excelsa,

Para alumbrar un mundo

Sumido en las tinieblas;

Y enderezar sus pasos,

Para que rectos sean,

Por el camino santo

Donde la paz se encuentra.

Con un religioso silencio escucharon todos aquel canto profético, durante el cual, el alma su-